

En ese viaje á Yucatán, murieron de vómito dos camaristas del séquito imperial; uno austriaco y el otro mexicano.

### CAPÍTULO XIII

El Billar del Emperador. — Paseos y almuerzos en el campo Cuernavaca. — La Casa de Borda. — Muerte del Rey de los belgas. — Luto de la Corte. — Regreso á México.

Disgustado profundamente el Emperador con el clima de México, pues adoraba en extremo la tierra caliente y no pudiendo fijar su residencia en Orizaba por lo lejano de esa localidad, necesitándose entonces dos días para hacer el viaje de ida y otros tantos para el de regreso, decidió trasladarse á Cuernavaca, habiéndose visto en México en la necesidad de poner estufas, tanto en la sala de trabajo, como en la que me servía de despacho.

Encendidas las estufas desde la madrugada, mantenían durante todo el día la atmósfera á la altura de un baño ruso, encontrándose el Emperador muy contento con una temperatura tan elevada, pero teniéndonos á los mexicanos que estábamos con él, asándonos casi.

Conociendo cuánto me contrariaba aquel excesivo calor, no dejaba de reirse de mi contrariedad.

Algunas veces, cuando por algunos instantes se alejaba á otras piezas, yo me apresuraba á abrir la vidriera que daba al patio, para recibir un poco de aire fresco ; pero cuando escuchaba que se acercaban sus pasos, me apresuraba á cerrar. No faltaron veces en que me encontrara en ese trabajo, y entonces me decía entre bromas y veras :

— ¿ Pero en qué piensa Ud, no vé que nos estamos helando ?

— No, Señor, contestaba yo muy contrito, ¡ lo que veo es que nos estamos achicharrando.

Y proseguía riendo y me decía : « Estos niños que tienen la sangre de fuego, no ven que los viejos como yo, de treinta y dos años, la tenemos fría como la nieve. »

« Cierre Ud esa ventana y si vuelve á abrirla, mandaré llamar á un carpintero para que la clave. »

¡ Cosa extraña ! Nunca le vi que reconviniera á nadie con ira ni con enojo, muchas veces podía leerse en su rostro algo de tristeza, pero jamás de violencia ni de cólera.

La ventaja que yo tenía en aquellos días era que durante el invierno pasábamos las noches en México, pues el Emperador sentía menos frío allí que en Chapultepec. Sin embargo, en los primeros días de Enero de 1866, decidió hacer un viaje á Cuernavaca ; pero antes de hablar de nuestro viaje á esa pintoresca ciudad, debo mencionar una anécdota que da idea de la familiaridad con que nos trataba Su Majestad.

Antes de retirarse á dormir á sus habitaciones en Palacio, le gustaba á eso de las seis y media ó las siete

de la noche, jugar en su billar particular una ó dos partidas de carambola. Asistíamos al billar imperial uno de los ayudantes de campo, los dos oficiales de órdenes de servicio, un hermano mío, empleado del gabinete, á quien llamaba para que me ayudara en mis trabajos y yo.

En sus ratos de broma, el Emperador me llamaba á mí « el niño » y á mi hermano « el capuchino », por su carácter serio y taciturno. Jugaba Su Majestad el partido con alguno de nosotros y decía que el que perdiera, tendría por penitencia que pasar por debajo de la mesa de billar. Por supuesto que esto era únicamente una broma también ; pero los cortesanos en su afán de captarse la buena voluntad del Soberano, aun cuando supieran jugar mejor que él, acababan siempre por perder, cediéndole la primacía ; sin embargo Maximiliano, profundo conocedor del corazón del hombre, veía mal estas adulaciones y los instigaba á jugar con toda imparcialidad.

Una noche que Su Majestad perdió un partido, solamente por una ó dos carambolas dijo : « Nada, hay que cumplir la penitencia, pero creo que el capuchino será bastante amable para cumplirla por mí. »

Mi hermano, acostumbrado á obedecer, pasó bajo la mesa sin chistar palabra, lo cual hizo reír mucho al Emperador.

Por lo regular, los sábados, deseaba tener algunas horas de solaz y de distracción y disponía que almorzáramos en el campo.

Habiéndose designado el lugar de antemano, el indispensable Venisch salía muy de madrugada con su séquito de criados, llevando en mulas sus cajas con vajilla y provisiones, así es que cuando llegábamos al lugar que el Emperador designaba para que almorzáramos, ya nos encontrábamos con el almuerzo listo y la mesa puesta.

Un sábado que se le ocurrió almorzar en la falda del Ajusco, como no fué allí posible encontrar mesas por estar el lugar en plena montaña y á distancia muy regular de pueblo habitado, se sirvió el almuerzo sobre el césped, habiendo tenido todos que sentarnos en el suelo, donde se improvisaron los asientos con zarapes y con plaid. Reinó la mayor cordialidad durante el almuerzo y á los postres, como de costumbre, no escasearon los cuentecillos picantes y las bromas subidas de color.

En esos almuerzos, parecía olvidar S. M. los negros nubarrones que venían acumulándose sobre el Imperio y aquella mañana que sentados en la yerba, saboreábamos los manjares tan delicados, que siempre se servían en su mesa aun cuando fuera en el campo, dijo que en esas comidas al aire libre imitábamos á los romanos que tenían la costumbre de comer recostados en mullidos lechos, coronados de flores, mirando luchar á los gladiadores ó bailar lascivas danzas á hermosísimas mujeres. Agregaba que allí no había gladiadores ni mujeres hermosas, pero sí una postura tan incómoda como la de los hijos de la antigua Roma.

Excuso decir que á estos almuerzos campestres jamás asistía la Emperatriz.

Habiéndose hablado en uno de ellos, de lo pintoresco de Cuernavaca, el Coronel Lamadrid, que conocía perfectamente esa ciudad, hizo grandes elogios del clima, del carácter de los habitantes, de lo hermoso de la localidad, etc., y entusiasmado el Emperador, decidió que hiciéramos el viaje allá, viaje que de antemano ya tenía pensado.

En efecto pocos días después salimos de México á las seis de la mañana rumbo á la bella capital del Estado de Morelos.

En este viaje nos acompañó la Emperatriz, pensando fijar allí una residencia imperial.

En el carruaje del Emperador, como de costumbre iba yo leyéndole cartas y escribiendo sus acuerdos. Á la Emperatriz la acompañaba la Sra. Gutiérrez del Barrio, que era dueña de una hacienda situada á corta distancia de Cuernavaca; iban también las damas de honor Sra. Pacheco y Srta. Varela, el secretario de ceremonias Señor Negrete, el coronel Feliciano Rodríguez, el ministro Don Martín Castillo, el mayordomo Venisch, la servidumbre y una escolta de húsares austriacos.

Almorzamos en el Guarda, que es el punto más elevado de ese camino, y desde donde tan admirablemente se domina todo el Valle de México. Pocos caminos efectivamente existen en la República tan hermosos como el que une la ciudad de México con la de Cuernavaca; entonces que no había ferrocarril, muy fácil es comprender era más pintoresco que en la actualidad. El Emperador iba literalmente encantado al

atrevesar aquellos bosques tan hermosos en los cuales en pleno mediodía se caminaba con tanta sombra como si se estuviera bajo de techo, pues los rayos ardentísimos del sol no atravesaban el tupido follaje de los árboles seculares por entre los cuales pasaba la comitiva imperial.

Durante el almuerzo se habló extensamente de esa feracísima región que comienza en Cuernavaca y termina en Acapulco; las personas que la conocían hicieron detalladas descripciones de las grandes riquezas naturales que encierra, de los inmensos peligros que rodean al viajero, de las incomodidades que se ve obligado á sufrir aun cuando lleve la bolsa bien provista de dinero, del sin número de reptiles venenosos que pululan en el suelo, del mal llamado del pinto, tan extendido en toda esa parte del país y que tanta repugnancia causa á los que no lo tienen. El Emperador oía estas relaciones con positivo interés y en su pasión por los viajes ya proyectaba uno hasta Acapulco, pues decía que mientras más peligros hay para el viajero amante de la naturaleza y deseoso de conocer regiones poco exploradas, existen mayores atractivos.

Unos cuantos kilómetros antes de llegar á Cuernavaca, salió á recibirnos una numerosa comitiva presidida por el comandante militar del lugar, general Don Francisco G. Casanova. Se formó una valla de tropa desde la garita hasta el Palacio Municipal, que fué el edificio destinado para que sirviera de residencia á los soberanos durante su estancia en la ciudad.

La recepción como siempre fué cordialísima, por la tarde se sirvió una gran comida y por la noche se quemaron unos fuegos artificiales muy vistosos. Deseando Maximiliano venir con frecuencia á México pensó que se le arreglara en Cuernavaca alguna residencia, y el Sr. Pérez Palacios, viejo vecino muy conocedor de la ciudad, dijo que ninguna podría servir tanto para el objeto, como la llamada Jardín de Borda, pero que estaba tan abandonada y tan destruida que necesitaba serias reposiciones. Visitóla el Emperador al día siguiente y quedó prendado verdaderamente de esa finca tan hermosa, que con sus inmensos jardines, sus amplios departamentos y sus estanques es todavía una verdadera mansión imperial.

Arregló el intendente de la lista civil el arrendamiento, se dispuso todo para emprender las reparaciones que tenían que hacerse, y en pocos días fueron tapizadas las habitaciones y limpiados los jardines. En sus paseos á caballo por los alrededores, compró el Emperador en un punto llamado Acapatzingo, un vasto terreno donde mandó construir una casa de estilo pompeyano destinada á la Emperatriz y que llamó « El Olvido ».

Una tarde poco después de haber hecho la compra del terreno para la casa citada, hicimos una visita á Acapatzingo, donde al saber el alcalde y los demás vecinos que el Emperador iba á ser vecino de ellos también, no sabían cómo manifestar su alegría.

Visitamos varios jardines muy hermosos del pueblito. En uno de ellos había un baile, al que quiso per-

mitirnos Su Majestad que nos mezclásemos los jóvenes de su comitiva. Entre tanto, él nos contemplaba bailar con verdadero placer. Entre las lindas muchachas que allí se encontraban, recuerdo á las sobrinas y á las hermanas del Coronel Paulino Lamadrid, á la joven esposa de éste, hermosa dama nacida en Sonora, á las hijas del General Casanova, á la Srta. Emilia Blanco, que era una de las más bellas de Cuernavaca, á Lola Hermosillo y á muchas otras, todas vistiendo el sencillo traje claro de la tierra caliente, cubiertas con vistosos rebozos de seda y llevando en el tocado hermosísimas flores de las que tanto abundan en esa zona. Se bailaban bailes propios de la costa y de países cálidos, y como casi todas las damas eran magníficas bailadoras, Maximiliano quedó muy complacido y pasó un rato de contento y olvido en aquella tarde deliciosa. Como en ese baile entramos en relaciones con las principales familias de Cuernavaca, los días siguientes nos reuníamos los jóvenes del séquito imperial, en alguna casa, y pasábamos alegremente la velada bailando hasta muy cerca del amanecer.

Pocas semanas después de haber fijado nuestra residencia en Cuernavaca, llegó un correo extraordinario llevando la funesta noticia de la muerte de Leopoldo I Rey de los belgas, padre de la Emperatriz.

Leopoldo I había muerto en su castillo de Laeken, cerca de Bruselas, el 10 de Diciembre de 1865. Carlota, cuyos goces eran tan pocos y á quien ya afectaba profundamente el porvenir del Imperio, sufrió mucho al saber la muerte de su augusto padre, y por varios días

se encerró en sus habitaciones, sin permitir que nadie le hablara. Inmediatamente que se supo la noticia en Cuernavaca, el Emperador hizo llamar al Secretario de ceremonias para que éste dispusiera el luto de la corte, y decidió que regresáramos al momento á México.

Se enarboló á media asta el pabellón imperial en Palacio y por algunos días estuvo Maximiliano recibiendo los pésames del cuerpo diplomático, de los altos funcionarios y de los jefes del ejército francés.

El 15 de Enero dió Su Majestad las gracias, en una sentida alocución, cuya minuta conservo en mi poder y que me fué dictada por la Emperatriz en francés.

En esta alocución hace el Emperador el elogio bien merecido del difunto rey Leopoldo, de sus virtudes y su saber como gobernante, de la libertad que dió á su pueblo durante el largo período de 35 años, en que gozó de paz y tranquilidad.

Prometiéndose seguir el noble ejemplo del rey de los belgas, refiere las ovaciones y cariño de que ha sido objeto la Emperatriz en su viaje á Yucatán, y da las gracias á la Heroica Veracruz y á la hermosa península Yucateca por las demostraciones de afecto que allí recibió, y concluye con estas palabras:

« Fuerte con el apoyo de mi conciencia y con la rectitud de mis intenciones, contemplo con tranquilidad el porvenir; México ha colocado su honor en mis manos, sepa bien que en mis manos, su honor no correrá peligro alguno! »

#### CAPÍTULO XIV

Tren de viaje del Emperador. — La Residencia imperial en Cuernavaca. — El Profesor Billimeck. — Una merienda entre militares. — El Club del Gallo. — Maximiliano presidente honorario. — Regreso á México. — Asesinato del Barón de Huart. — Cambios en el Gabinete. — Enfermedad de Su Majestad. — El Doctor Lucio.

Terminadas las reparaciones á la Casa de Borda, se dió aviso de ello á Su Majestad y á mediados de Enero nos dirigimos á Cuernavaca para habitar la nueva residencia imperial.

En este viaje acompañaron al Emperador, además de la comitiva de costumbre, los Sres. Robles Pezuela y el Profesor Billimeck, sabio naturalista, viejo monje exclaustro, que había dedicado toda su existencia á coleccionar insectos y reptiles para los museos. Maximiliano lo había tomado á sueldo para que sus colecciones se destinaran á un museo situado en una antigua abadía ubicada en la isla de La Croma, que se encuentra á la entrada del mar Adriático y que era propiedad del Emperador. Durante nuestra permanencia en

México, el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez, con el buen gusto que le caracterizaba, procedió á formar un tren de viaje compuesto de amplísima carretela, que tenía en el interior una caja para provisiones oculta en el delantero y un compartimiento para papeles y efectos de escritorio.

El tiro estaba formado por doce mulas más blancas que la nieve, enteramente iguales de alzada y adornadas con guarniciones azules. El cochero, los mozos y los lacayos vestían todos de charros, traje de gamuza y adornos de plata, llevando anchos y vistosos sombreros grises. Este tren fué muy del agrado de Maximiliano y cuando íbamos á Cuernavaca ó regresábamos, era de ver la atención con que los indígenas se detenían á admirar aquella carrera de albeantes mulas que pasaban como una exhalación.

Nos instalamos en la casa de Borda, que estaba reconstruida casi en su totalidad. En el segundo patio estaban las habitaciones de Sus Majestades; sólo tenía un piso, y la entrada á la mansión imperial era por una escalinata de ocho ó diez peldaños.

La primera puerta del segundo corredor era la del salón de trabajo del Emperador, seguía después su recámara y luego el gran comedor. En frente se encontraban las habitaciones de la Emperatriz, de sus damas de honor y de sus camaristas. Siendo muy abundantes en Cuernavaca las plantas exquisitas, el corredor se encontraba lleno de tiestos que contenían ejemplares de las más hermosas, además se habían decorado los

muros con primorosas trepadoras y exquisitas orquídeas y abundaban también peceras de cristal con muy bellos peces y jaulas con pájaros multicolores.

Le agradaba á Maximiliano trabajar en uno de los lugares más frescos del corredor, adonde mandaba colocar una pequeña mesa y allí nos poníamos á despachar la correspondencia. Al otro lado del estanque y al costado de la casa, se extendían los inmensos jardines por los que acostumbraba hacer prolongados paseos.

La Emperatriz era muy aficionada también á pasear por aquellos jardines, llevando juntamente con sus damas de honor redes de tupido tul para atrapar mariposas destinadas á enriquecer las colecciones del profesor Billimeck.

Era el profesor el hombre más original, muy alto, medianamente grueso, con la barba y el pelo ya grises y usaba gruesos anteojos, casi no tomaba parte en las conversaciones sino era para hablar de sus colecciones de insectos y de reptiles, á los que el llamaba cariñosamente, los bichitos del buen Dios (les petites bêtes du Bon Dieu). Hablaba muy poco el español, y cuando no encontraba la palabra castellana apropiada la substituía con otra latina, siendo por lo tanto su conversación, por lo general, muy lacónica, una ensaladilla de lo más cómico. Muy de madrugada salía de la Casa Imperial y se dirigía al campo, dando siempre la preferencia á las haciendas de caña de azúcar donde abundaban los reptiles y los insectos propios de esa zona, y de los que hacía amplia provisión.

Llevaba un gran quitasol amarillo, un casco de corcho y un enorme sobretodo lleno de bolsas. Volvía generalmente de sus excursiones al caer de la tarde, y muchas veces en nuestras visitas á las haciendas cercanas divisábamos allá á lo lejos el enorme quitasol amarillo semejante á un hongo gigantesco y el no menos enorme casco de corcho del citado naturalista. En la noche, cuando regresaba de sus excursiones, se dedicaba á poner en frascos de alcohol las innumerables víboras y culebras que había cogido durante el día, y quitándose su enorme casco de corcho, nos mostraba el interior de él, cubierto de alacranes, moscardones y otras sabandijas por el estilo, clavadas con alfileres.

Al día siguiente de aquellas excursiones, el profesor se dedicaba á clasificar sus reptiles y sus insectos. A Maximiliano, que siempre desmostró más gusto por las artes y por las ciencias, que por las cosas del gobierno le encantaba pasarse las horas en compañía del naturalista. En cuanto á mí, confieso ingenuamente que cuando me enviaba el soberano al cuarto del profesor, para comunicarle algo, era un verdadero suplicio estar entre tales bichos.

Como el cuarto del profesor estaba contiguo al mío, no eran pocos los sustos que me asaltaban algunas noches, pensando que pudiera escapar de algún frasco alguno de aquellos venenosísimos animales.

Existe cerca de Cuernavaca, un lugar muy pintoresco llamado *los ojos de Gualupita*, y allí la oficialidad del cuerpo de húsares austriacos dió una merienda al Em-

perador. Fué esa tarde una de las más animadas y divertidas que pasó Su Majestad en Cuernavaca. Los brindis pronunciados, tanto por el Emperador como por los oficiales de húsares, fueron muy entusiastas y demostraron una vez más el cariño de aquellos fieles soldados por su soberano.

Ya un poco entrada la noche, Maximiliano regresó á Cuernavaca y nosotros á la luz de las antorchas seguimos la fiesta en *los ojos de Gualupita* bailando alegremente con las muchachas que los húsares habían invitado á este festival.

En esos días los jóvenes gomosos de Cuernavaca formaron un club llamado del Gallo, al que dieron por presidente honorario á Su Majestad, habiendo obtenido por mi conducto una audiencia en la que el monarca dió á la comisión nombrada al efecto las gracias por aquel honor. Este club dió después durante todo el tiempo que residió el Emperador en Cuernavaca, una guardia á Su Majestad. El uniforme de los miembros del Club consistía en pantalón negro, blusa azul, sombrero de fieltro con pluma negra, y sobre el pecho un gallito de oro. La guardia del Club que hacía los honores al soberano se componía de un oficial, un corneta, un tambor y veinte socios. Después de pasar unos veinte días en Cuernavaca, regresamos á México, donde cada día se hacía más necesaria la presencia del Emperador. Escaseaba el dinero y el gobierno francés se rehusaba á dar más de lo que ya había dado. Se sabía que Bazaine había recibido órdenes terminantes para reti-

rar las tropas francesas y el país lejos de estar pacificado estaba más que nunca en revolución. El Sr. Langlais de quien se esperaba hubiera allanado las dificultades financieras, había muerto y venido á substituirlo Mr. de Maintenant.

El General Almonte se encontraba en París con misión especial del Imperio, y con el cargo de ministro extraordinario plenipotenciario del Gobierno imperial cerca de Napoleón III. También había partido el consejero Eloin y el comandante Loysel con el encargo de explicar éste al Emperador de los franceses la verdadera y demasiado difícil situación del país. El Gabinete imperial había sido cambiado casi por completo. Don Fernando Ramírez había dejado de ser ministro de Relaciones y el número de ministros había quedado reducido á cinco, siendo éstos los Sres. Escudero y Echanove de Justicia, Instrucción pública y Cultos, el General Garcia de Guerra, Salazar Ibarregui de Gobernación, D. Francisco Somera de Fomento, y Don Martín Castillo de Hacienda y Marina.

Un acontecimiento doloroso vino á demostrar por esos días que el país estaba infestado de bandidos; y que en los puntos donde las tropas francesas no prestaban su ayuda los habitantes se encontraban completamente indefensos.

El nuevo rey de los belgas queriendo dar á los soberanos de México una prueba de aprecio, envió una comisión encargada de notificarles su advenimiento al trono de Bélgica. Esta misión la componían el General Foury,

su ayudante de campo el Sr. Marschal, el Barón de Huart, oficial de órdenes del conde de Flandes y dos agregados de legación.

La misión había desembarcado en Veracruz el día 14 de Febrero y se había dirigido inmediatamente á México, pero al llegar á Rio Frio, parte del país donde los plagiarios y salteadores hacían sus fechorías, fué atacado el convoy, quedando en la refriega muerto el Barón de Huart y heridos tres de los caballeros que componían la misión.

Tan luego como esto se supo en México, el Emperador mandó inmediatamente alistar una pequeña escolta y personalmente se dirigió á Rio Frio de donde trajo á los heridos y el cadáver del barón de Huart al que se hicieron suntuosas honras fúnebres en México, siendo esto como es de suponerse motivo mayor de disgusto entre todos los mexicanos que veían la absoluta inseguridad que por todas partes reinaba.

Respecto á los asesinos, se procedió á perseguirlos ; pero nunca se supo más de ellos y todas las investigaciones que se hicieron para saber quiénes habían sido los autores de atentado tan alevoso, resultaron enteramente inútiles.

Dejo á la consideración de mis lectores, cómo sería juzgado este acontecimiento en las cortes europeas.

Alterada la salud de Maximiliano desde hacía algún tiempo vino á resentirse más el mal de que sufría con el acontecimiento que acabo de relatar. Estaba afectado

del hígado y además venía sufriendo de fiebres intermitentes, contraídas en uno de los viajes á la tierra caliente. Era su médico de cabecera el doctor Semeleder ; pero como este doctor no conocía muy bien el tratamiento especial para las fiebres intermitentes propias de nuestras costas, se aconsejó al Emperador que consultara con alguno de los médicos mexicanos que conocían perfectamente el tratamiento para esas fiebres. Se pensó desde luego en el doctor Don Rafael Lucio, que ya en esa época era una eminencia ; pero el Emperador no queriendo herir la susceptibilidad profesional del doctor Semeleder, decidió que esa consulta con el doctor Lucio fuera enteramente secreta y me comisionó para que la solicitara del citado caballero.

Hice pues una primera visita al sabio doctor ; pero éste que era un liberal acérrimo y completamente opuesto al régimen imperial, me contestó que abundaban en el país médicos que conocieran el tratamiento de las fiebres palúdicas, y que aceptarían con mucho gusto esa comisión, que para él sería sumamente penosa. Después de discutir largamente me retiré sin conseguir nada, pero no comuniqué tal fracaso á Maximiliano ; sino que le manifesté que no había encontrado al doctor Lucio y que me veía obligado á volver á buscarlo al siguiente día.

Volvi en efecto y dije al doctor que Maximiliano no quería que ningún otro médico lo atendiese sino él, rogué bastante, haciendo al doctor un ligero esbozo de la personalidad del Soberano, y por fin accedió Lucio á que

esa noche á las siete pasara yo por él, para que se verificase la consulta.

Á la hora citada, me dirigí en uno de los carruajes del Palacio á la casa del doctor Lucio, entramos sigilosamente por la puerta secreta del baluarte Sur, y después de presentar al médico con el Soberano, me retiré.

Terminada la consulta acompañé al doctor nuevamente á su casa y en el trayecto le pregunté qué impresión le había causado Su Majestad, y me contestó que nunca había encontrado persona más distinguida ni más amable en sus maneras. Y era que efectivamente el Emperador tenía ese don de cautivar desde luego á cuantos le conocían y le trataban. Agregó que estaba decidido á seguirlo atendiendo y en cuanto á su enfermedad, me manifestó que más bien era producida por la continua excitación nerviosa en que se encontraba, debida ya en gran parte á la situación tan tirante del gobierno imperial. Convino el sabio doctor en que visitaría cada dos días á su augusto enfermo. Al día siguiente á la hora del acuerdo, Maximiliano me dijo que estaba muy contento de su médico, que bastaba oírlo hablar unos cuantos minutos para ver desde luego que era un sabio en verdad y no un charlatán; que le había llamado la atención que fuera tan de pocas palabras; me preguntó qué opinaba Lucio de su persona y le conté con toda franqueza nuestra conversación en el carruaje la noche anterior.

Por esos días enfermó mi madre gravemente de pul-

monía y el Emperador que tenía verdadera adoración por la suya, á quien tuve el alto honor de conocer algún tiempo después, me colmó de favores con motivo de esa contrariedad que sufrí, me permitió pasar las noches en mi casa, indicó al doctor Lucio atendiera á mi madre, siendo todos los gastos por cuenta del Emperador; y cuando mi madre, debido á tantas atenciones escapó de la muerte y fui lleno de gozo y de gratitud á comunicárselo á Su Majestad, le ví tan sinceramente conmovido, que hoy no puedo menos de hacer pública esta nueva bondad de aquel corazón tan grande, tan generoso y tan magnánimo á quien tanta gratitud consero aún, después de treinta y siete años que han trascurrido de su trágica muerte.

Pocos días después tuvimos que salir para Cuernavaca; pero antes quiso el Emperador saldar su cuenta con su doctor mexicano, y fui yo el comisionado para llevar á Lucio, una buena suma de dinero; pero el sabio doctor, rehusó del todo recibir ni un solo peso, alegando que le bastaba haberse conquistado la gratitud del Soberano.

Como todos aquellos que hayan conocido al sapientísimo médico de quien vengo hablando, saben que era un refinado amateur de pintura, Maximiliano pagó su deuda, haciéndole un valioso regalo, que consistió en un cuadro de gran mérito.

El día 19 de marzo día de mi cumpleaños, me dió Su Majestad una nueva prueba del afecto que me profesaba. Le indiqué que deseaba ir á comer con mi familia

y me concedió el permiso, después de despachar los asuntos del acuerdo.

Al otro día cuando volví á Palacio y me le presenté, el capitán Pierron que se paseaba en la pieza que me servía de despacho, me dijo al verme entrar:

— Mire Ud lo que dejé sobre su mesa, y que me pidió el Emperador para Ud.

Me acerqué á mi escritorio y encontré un pequeño paquete que contenía veinticinco napoleones de oro.

## CAPÍTULO XV

Nuevo viaje á Cuernavaca. — El conde de Kevenhüller. — Supuestos amores del Emperador. — Bautizo de un hijo del mariscal Bazaine. — Acuerdo con la Emperatriz. — Viaje á las grutas de Cacahuamilpa. — La verdad sobre los amores imperiales.

Tan luego como pasaron los tres meses de luto riguroso en la corte por la muerte del padre de la Emperatriz, el Emperador decidió que volviéramos á Cuernavaca, habiéndose esta vez resuelto á acompañarlo la Emperatriz Carlota.

La comitiva de la Emperatriz estaba formada por sus damas de honor la Sra. de Pacheco y la Srta. Varela, la Sra. Doña Manuela Gutiérrez de Estrada del Barrio marquesa del Apartado, el intendente de la lista civil y ministro de relaciones Don Martín Castillo, el chambelán Don Felipe N. del Barrio, y una numerosa servidumbre.

La comitiva del Emperador, la formaban los Sres. Coronel Feliciano Rodríguez, dos oficiales de órdenes, el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
A. J. DE 1900